

Tahir Hamut IZGIL
**Vendrán a detenerme
a media noche**
Memorias de un poeta uigur sobre
el genocidio en China
Introducción de Joshua L. Freeman
Traducción de Catalina Martínez Muñoz

Libros del Asteroide 

1. Una llamada de Pekín

Vuelvo al primer día del año 2013.

A última hora de la tarde recibí una llamada imprevista de Ilham Tohti, un profesor de economía de la Universidad Central de las Nacionalidades de Pekín. Hacía años que no hablábamos. Estaba en un restaurante uigur, detrás de la universidad, celebrando el Año Nuevo en compañía de un amigo.

Después de los saludos de cortesía, Ilham dijo: «Xi Jinping ha llegado al poder. Ahora las cosas mejorarán para nosotros. No te desanimes y transmite tu optimismo a nuestros amigos de Urumqi». Estaba de un humor espléndido. Con lo de que las cosas mejorarían se refería al rápido deterioro de la situación política para los uigures.

Si bien hoy ha quedado claro que era absurdo esperar de Xi Jinping nada bueno para los uigures, fueron muchos los intelectuales que entonces abrigaban esperanzas. También algunos creían que Xi podía ser relativamente liberal. La opacidad de la política china daba pie a toda clase de especulaciones sobre los nuevos líderes del país.

El padre de Xi Jinping, Xi Zhongxun, se convirtió en el más alto funcionario del Partido Comunista en el noroeste de China poco después de su llegada al poder y no ocultó sus críticas a la represión policial del Estado en la región uigur. Los intelectuales uigures preferían pensar que Xi Jinping seguiría los pasos de su padre en esta cuestión. Sus esperanzas eran fruto de la desesperación, la fantasía de una comunidad maltratada que aspira a recibir un mejor trato del Gobierno colonial.

Conocí a Ilham Tohti a principios de la década de 1990, en la Universidad Central de las Nacionalidades (como entonces se llamaba), cuando yo estaba terminando la licenciatura y él estudiaba un máster en economía. Ilham era un hombre locuaz y de una energía desbordante; hablaba deprisa, como si tuviera la cabeza llena de palabras y urgencia por expresarlas todas. Cuando nos encontrábamos en el campus, nos parábamos a charlar con entusiasmo entre el ir y venir de profesores y estudiantes. Una vez que arrancaba, no era fácil callarlo, sobre todo si se trataba de su tema favorito: la economía y la demografía de la región uigur.

Ilham llegó a convertirse en el disidente quizá más destacado de los intelectuales uigures en China. A mediados de la década de 2000 fundó un sitio web en chino, Uyghur Online, donde publicaba artículos en defensa de los derechos de los uigures. Su argumento era que el Gobierno chino no estaba desarrollando sus propias políticas autonómicas en la región uigur; que el cuerpo de Producción y Construcción de Xinjiang funcionaba como un Estado sin ley dentro del Estado; que la llegada masiva de residentes de etnia han estaba convirtiendo en minoría a las comunidades autóctonas en su propio país;

que el desempleo entre los uigures alcanzaba cotas alarmantes; que la lengua uigur estaba marginada en el sistema educativo.

Uno de los principales objetivos de Uyghur Online era propiciar un debate sano entre uigures y han, con el ánimo de fortalecer la comprensión interétnica. El sitio se convirtió en un punto de encuentro de intelectuales y estudiantes con afinidad de opiniones —uigures, han y otros— y su influencia en el extranjero era cada vez mayor. Fue un primo mío quien me habló de Uyghur Online; me dijo que muchos jóvenes uigures eran lectores asiduos y debatían sus lecturas en este foro.

Ni que decir tiene, las opiniones disidentes de Ilham Tohti llamaron la atención del Gobierno chino. La policía lo invitaba con frecuencia a «tomar té», el eufemismo utilizado cuando se llevaban a alguien para interrogarlo o hacerle una advertencia informal. En momentos delicados, como la celebración de los Juegos Olímpicos en Pekín en 2008 o la visita de líderes occidentales a la capital, la policía enviaba un mes de «vacaciones» a la familia de Ilham. En 2009, cuando el Gobierno declaró a Ilham responsable de la oleada de violencia en Urumqi, su familia y él desaparecieron. Todo el mundo supuso que lo habían detenido. Pero al cabo de un mes y medio de detención informal en los alrededores de Pekín les permitieron volver a casa.

A pesar de todo, Ilham nunca pensó que el Gobierno pudiera detenerlo o encarcelarlo oficialmente. Era profesor universitario en la capital nacional y estaba convencido de que sus pronunciamientos críticos eran perfectamente legales. Estar empadronado en Pekín también le daba cierta tranquilidad. Pero el clima político en la

capital era muy distinto del de la región uigur. Si Ilham hubiera desarrollado las mismas actividades en Xinjiang ya lo habrían detenido.

Las cosas no salieron tal como él esperaba. A mediados de enero de 2014 llegó a Urumqi la noticia de que habían detenido a Ilham en su apartamento de Pekín. Al enterarme y preguntar quién se lo había llevado, me dijeron que los agentes eran de Urumqi.

No era normal que unos agentes de policía de Urumqi hicieran un viaje de más de dos mil kilómetros para detener a un profesor de universidad en Pekín. En un caso como el de Ilham, la detención era competencia de la policía de Pekín. La intervención de las fuerzas de seguridad de Urumqi significaba que la decisión venía de las más altas esferas. Poco después supimos que algunos estudiantes uigures de Ilham habían desaparecido en los alrededores de la facultad más o menos a la misma hora y estaban probablemente bajo custodia policial. Es decir, la situación era grave.

Me alarmó la detención de un intelectual que se había limitado a pedir al Gobierno que cumpliera sus propias leyes. Me produjo la descorazonadora sensación de que se avecinaba una catástrofe para el conjunto de los intelectuales uigures. Con idea de prepararme para el peligro inminente, me dediqué a revisar mis archivos, tanto en mi portátil como en el ordenador del trabajo, y borré hasta el último documento, vídeo, imagen o grabación que la policía pudiera utilizar como pretexto. Ordené a todos los empleados de nuestra oficina que hicieran la misma «limpieza» en sus ordenadores.

Poco antes, navegando por internet, tropecé con «Charter 08», un manifiesto en el que el premio Nobel

Liu Xiaobo —disidente han—, entre otros firmantes, reclamaba democracia y libertades civiles en China. Decidí traducir el manifiesto al uigur, pero no había tenido posibilidad de publicarlo y el texto seguía en mi ordenador. Un par de años antes un amigo me había pasado un archivo Word con una traducción al chino de *Xinjiang: la frontera musulmana de China*, una recopilación de artículos académicos escritos por más de una docena de especialistas estadounidenses y de otros países. El libro se había traducido al chino por iniciativa del Departamento Político del Ejército de Liberación Popular, probablemente para uso interno. Dado el férreo control estatal sobre la información llegada del exterior, estaba impaciente por echar mano a cualquier material extranjero relacionado con los uigures y nuestro país, y leí el libro de principio a fin al menos tres veces. También tenía, en un PDF, un libro del escritor han Wan Lixiong, *Mis regiones occidentales, vuestro Turkestán oriental*, publicado en Taiwán. En el libro salía una foto del Dalái Lama con la líder uigur en el exilio, Rebiya Kadeer, en la que el monje aparecía en actitud afectuosa, con el brazo sobre los hombros de Kadeer. Me emocionó esta entrañable imagen de los líderes de dos comunidades que sufrían la opresión china.

Me había costado mucho encontrar y traducir estos textos, y mi malestar crecía por momentos mientras los borraba uno tras otro. Los acontecimientos posteriores demostrarían, sin embargo, que tomé la mejor decisión. Las cosas iban de mal en peor.

La represión que siguió a los disturbios violentos de 2009 en Urumqi aún no se había aplacado cuando el Gobierno lanzó una nueva campaña contra los uigures.

Conocida como «Mano Dura», la campaña iba supuestamente dirigida contra «el extremismo religioso, el separatismo étnico y la violencia terrorista» y su impacto fue notable. La llegada de inmigrantes han a Xinjiang se intensificó todavía más; se demolieron las viviendas de los uigures y se confiscaron sus tierras. La vida cultural y las prácticas religiosas uigures se prohibieron de forma gradual a la vez que los uigures se enfrentaban a una discriminación creciente en la vida cotidiana. Los problemas señalados por Ilham Tohti, lejos de ser atendidos, se agravaron considerablemente. Pese a todo, el Gobierno insistía en que el malestar uigur tenía su origen en el separatismo y el terrorismo, y el castigo afectó a toda la población sin distinciones.

Dos meses después de la detención de Ilham Tohti, en marzo de 2014, llegaron noticias de un atentado terrorista en una estación de ferrocarril de la ciudad de Kunming, a miles de kilómetros de Urumqi. Los medios de comunicación informaron de que cinco uigures, cubiertos con pasamontañas negros y armados con cuchillos, habían atacado a las personas que esperaban en la cola de las taquillas.

Pasaron otros dos meses, los medios oficiales se hicieron eco de un ataque contra los viajeros en la salida de la estación de tren de Urumqi: los autores, dos uigures armados con cuchillos, se inmolaron a continuación. Poco después se difundió la noticia de un atentado suicida en un mercado de la misma ciudad, perpetrado por terroristas uigures.

En los años inmediatamente posteriores a los violentos disturbios de 2009 en Urumqi, la situación en la región uigur parecía algo más tranquila. Ahora, con esta nueva

ola de atentados en un lapso de tres meses, el ambiente se tensó de nuevo. La retórica y la posición del Gobierno se volvieron más agresivas que nunca.

El eufemismo habitual de los uigures para referirse a estos incidentes era: «Ha pasado algo». La reacción de mis conocidos ante los hechos fue ambivalente. Por un lado, su rencor hacia el Gobierno y la mayoría han les hacía sentir que en parte les estaba bien empleado. Por otro lado, no estaba bien dirigir los ataques contra la población civil en lugar de contra el Gobierno. Además, a todos les preocupaba que los atentados dieran pie a un aumento de la represión que acabara por afectarlos personalmente. Los perjudicados protestaban: «¿Por qué hacen esto en vez de dar las gracias por el pan de cada día?».

Las noticias de los medios de comunicación oficiales eran en general vagas, contradictorias y poco convincentes. Las sospechas, las conjeturas y los rumores se extendían muy deprisa. La propaganda gubernamental hacía hincapié en que todos estos incidentes violentos eran obra de separatistas y terroristas, y que su objetivo era separar Xinjiang de China y fundar el Estado independiente de Turkestán Oriental. El Gobierno se negaba a reconocer que sus propias políticas y las difíciles condiciones de vida de los uigures pudieran ser la causa de la violencia.

No obstante, circulaban entre los uigures todo tipo de versiones sobre el origen de los atentados. En la mayoría de los relatos, se presentaba a los autores como víctimas de la injusticia del Estado, movidos por la venganza. Algunos incluso estaban convencidos de que era el propio Gobierno quien planeaba y ejecutaba los atenta-

dos para justificar el endurecimiento de la represión y quebrar la voluntad de resistencia de los uigures.

Además de castigar a los implicados en los incidentes violentos, el Gobierno pasó a criminalizar sin piedad a personas que no tenían nada que ver con los hechos pero sí alguna relación con los autores: familiares y conocidos, gente con la que habían compartido alguna comida, gente que alguna vez los había invitado a su casa. Todos ellos fueron acusados de «dar amparo a los terroristas».

Como muchos otros intelectuales uigures, yo tenía un gran interés por saber de qué manera se presentaban estos incidentes en la prensa internacional y qué reacción suscitaban fuera del país. A raíz de los disturbios de 2009 en Urumqi, se cortó el acceso a internet en la región uigur durante casi un año. Cuando volvió a restablecerse el servicio, numerosos sitios web extranjeros —en especial los de noticias— estaban bloqueados; acceder a ellos se consideraba un delito grave. A pesar de todo, utilizábamos clandestinamente Redes Privadas Virtuales para esquivar el famoso gran cortafuegos estatal y acceder a algunas páginas web internacionales de noticias. Con tan poca información sobre nuestro país y lo que ocurría a nuestro alrededor, estábamos dispuestos a correr el riesgo.

Sin embargo, a la vista de que la vigilancia y el control estatal se endurecieron tras la detención de Ilham Tohti, no nos quedó más remedio que borrar las RPV y prescindir por completo de la información internacional. Sin posibilidad de acceso al internet global, mi única opción para estar al tanto de las noticias internacionales eran las emisoras de radio de onda corta.

Ese verano fui con mi familia de vacaciones a Kashgar.

Visitamos a mis padres y pasamos algunos ratos con antiguos amigos. El marido de una compañera de universidad de Marhaba vendía aparatos eléctricos en un centro comercial de Kashgar. Decidí comprarle una radio de onda corta, con la idea de que él podría recomendarme alguna buena.

Al entrar en su establecimiento, lo encontré guardando en cajas las radios que tenía expuestas en los estantes y metiendo las cajas en otras más grandes. Nos saludamos y le pregunté qué estaba haciendo: «Me han llamado de la comisaría —dijo con rabia—. Tenemos que retirar todas las radios de la tienda. De ahora en adelante no nos permiten vender radios».

La lista de prohibiciones no paraba de crecer. Pocos años antes, el Gobierno había prohibido las cerillas. Corría el rumor de que lo hacían para impedir que los separatistas fabricaran explosivos con el fósforo de las cabezas.

Adiós a mis planes de comprar una radio. Unos días más tarde, oí que la policía había empezado a confiscar las radios que la gente tenía en casa, primero en los pueblos y luego en las ciudades.

Parece que la era de la radio toca a su fin, pensé.

Nací justo al final de la década de 1960, en un pueblecito pobre y feo del extremo noroeste del desierto de Taklamakán. El pueblo era una brigada de producción del Proyecto de Recuperación Agrícola de Peyzawat, incluida en la tercera división del Cuerpo de Producción y Construcción de Xinjiang. Las brigadas de producción del sector se encontraban a varios kilómetros unas de

otras; para desplazarse entre ellas había que ir por caminos de tierra a través del desierto. Los residentes vivían en sencillas casas de adobe, todas idénticas, facilitadas por el Gobierno. Cuando tocaba arar y cosechar, los miembros de la brigada trabajaban en los campos de cultivo que rodeaban el pueblo, tierras recién ganadas al desierto. Los brigadistas se echaban sus azadones al hombro y se iban juntos a los campos. Los salarios eran iguales para todos. También recibían comida —principalmente harina de maíz— de acuerdo con unas cuotas. La carne, el aceite, el arroz, la verdura, la fruta y la harina de trigo eran productos de lujo. A veces pasábamos meses sin ver el azúcar.

Los artículos más preciados en la zona eran los relojes, las bicicletas y las radios. La radio era el medio más importante para comprender el mundo exterior y la principal fuente de entretenimiento. Todas las radios tenían una carcasa de cromo y una correa para colgar el aparato al cuello. Los hombres se ponían el reloj en la muñeca, instalaban a sus mujeres en el asiento de atrás de la bicicleta, se colgaban la radio al cuello y subían el volumen para oírla en el camino de ida y vuelta al bazar. Aquellos eran sus momentos más felices. Mi madre y mi padre también iban en bicicleta al bazar y por las tardes me traían un roscón de harina de trigo —no de esa harina de maíz gorda que comíamos siempre— y cuatro o cinco caramelos. Yo era el niño más feliz del mundo.

Mi padre colgaba normalmente su preciada radio en un poste dentro de casa. Nadie tenía permiso para tocarla. Escuchábamos las últimas noticias de la propaganda estatal, los partes meteorológicos que casi nunca acertaban y las canciones de alabanza al partido. Mi madre

tarareaba esas canciones mientras hacía las tareas domésticas.

Los niños del vecindario desmontábamos las radios estropeadas. Mirábamos con fascinación las piezas, incapaces de imaginar cómo podía salir sonido de ahí. El imán que había detrás del altavoz era lo que más nos interesaba. Nos gustaba sacarlo y emplearlo para encontrar los clavos que enterrábamos en la arena. Nos fascinaban sus poderes mágicos para atraer el hierro.

Una mañana hubo un enorme revuelo en el patio, delante de nuestra casa. Salí corriendo y vi a un policía con su gorra blanca con visera negra, chaqueta blanca y pantalón azul, con dos miembros de la Milicia Popular que iban armados, vestidos de civil y con el brazalete rojo. Llevaban a un hombre con las manos atadas a la espalda y un cucurucho de papel en la cabeza. Daba la impresión de que lo traían andando desde otra brigada de producción. El policía estaba diciendo algo a la gente que se había congregado en el patio. Mi madre dejó la colada y salió conmigo. Nos acercamos a la multitud. Yo no conseguía abrirme paso y no sabía qué estaba pasando. Al cabo de un rato la gente empezó a dispersarse y también nosotros volvimos a casa.

—¿Qué le pasaba a ese hombre? —le pregunté a mi madre.

—Que escuchaba la cadena de radio de los revisionistas soviéticos —dijo con tristeza.

Su respuesta aumentó mi interés.

—¿Cómo ha podido escucharla?

—Se excusó para ir al baño mientras estaban trabajando, se escondió detrás de un tamarisco y encendió la radio que llevaba debajo de la ropa. Estaba oyendo can-

ciones obscenas de Taskent cuando alguien lo sorprendió y se lo dijo al jefe de la brigada — me explicó en tono solemne.

—¿Qué le van a hacer? —pregunté.

Mi madre bajó un poco la voz.

—Hace ya un mes que lo detuvieron. Desde entonces lo están paseando de brigada en brigada. Parece que lo sentenciarán pronto —añadió, mirando hacia la puerta como si estuviera nerviosa.

—¿Qué es una canción obscena?

Mi madre seguía lavando la ropa.

—Una canción obscena es una canción mala.

—¿Qué clase de canción mala? —insistí, sin darme por vencido.

—Todavía eres pequeño —suspiró mi madre—. No te preocupes por eso.

Al cabo de un rato salí a echar un vistazo. Era verano, a mediodía, y hacía un calor abrasador. No quedaba en el patio nadie más que el pobre hombre con el cucurucho de papel, sentado en el centro. El policía y los dos milicianos seguramente se habían ido a comer a casa del jefe de la brigada.

De pronto noté que tenía mucha sed. Entré en casa, llené una taza de agua en el cubo del rincón y me la bebí de un trago. Entonces se me ocurrió que el detenido también debía de tener sed.

—¿Le llevo un poco de agua? —le pregunté a mi madre.

Sin apartar la vista de la colada, estiró la cabeza para mirar hacia fuera.

—Vale —dijo.

Llené una taza de agua y me acerqué al hombre. Tenía

la cabeza agachada y ni siquiera me vio llegar. Le puse la taza delante de los ojos. Se sobresaltó, levantó la cabeza y me miró. Era mayor que mi padre. Tenía la cara muy pálida y tiznada de negro, la barba muy larga y los labios agrietados. Cualquiera tendría una pinta ridícula con aquel cucurucho de papel de periódico en la cabeza. Como estaba maniatado, tuve que acercarle la taza a los labios. Se bebió el agua igual que yo, de un trago. Me miró y sonrió. Di media vuelta y entré en casa corriendo.

Pasé años preguntándome qué era una canción obscena. Más tarde supe que las «canciones obscenas» que aquel hombre escuchaba en la radio eran en realidad canciones populares uigures que emitían en la radio de Taskent. Muchas canciones populares uigures hablan de amor romántico, y en aquellos años de negación de la humanidad, cuando cada individuo no era más que una pieza de la gigantesca maquinaria revolucionaria, se consideraban «obscenas» y estaban prohibidas. En esa misma época se castigó a mucha gente por «escuchar la propaganda reaccionaria en la radio del enemigo». En la región uigur, el concepto de «radio del enemigo» incluía en general todas las cadenas de radio de las repúblicas soviéticas de Asia Central.

La situación mejoró notablemente a principios de la década de 1980. Escuchar la radio extranjera dejó de ser delito y las canciones populares uigures que antes eran «obscenas» se emitían sin restricciones en las emisoras de radio de la región uigur. Por otro lado, el bloqueo informativo del Gobierno chino no llegó a relajarse del todo. Incluso cuando el cine, la televisión y el radiocasete empezaban a sustituir a la radio en la vida cotidiana, muchos seguían usando radios de onda corta para esqui-

var la restricción informativa sintonizando emisoras extranjeras.

Preocupado por la situación, el Gobierno chino decidió tomar medidas para bloquear la recepción de las señales de radio exteriores. Sobre todo a raíz de los disturbios de 2009 en Urumqi, el gobierno incrementó la inversión en equipos de bloqueo de señales de radio con el fin de «impedir la infiltración de las fuerzas enemigas, así como de aquellas que propugnaban el separatismo étnico desde el exterior». Pese a todo, muchos se negaban a dejar de escuchar la radio extranjera. A principios de 2010, un amigo de Jotán me contó con orgullo que su hermano menor sabía calibrar una radio de tal modo que solo recibía la emisión en uigur de la Radio Libre de Asia, y la señal era muy clara. Su hermano era ingeniero electrónico. Por lo visto había sintonizado la señal de onda corta para mucha gente.

Ahora, al prohibir la venta de radios de onda corta y confiscar las que tenían los uigures, el Gobierno se proponía erradicar definitivamente el acceso a la información que llegaba de fuera. Sin posibilidad de acceso a las páginas web del exterior o a las radios de otros países, nos vimos convertidos de repente en ranas atrapadas en el fondo de una charca.